

## Transformación agroecológica en el cantón de Mora en Costa Rica y emigración indígena huetar (1900-1955)

Amaris Cervantes, Orlando

Orlando Amaris Cervantes \*

oamaris@uned.ac.cr

Universidad Estatal a Distancia, Costa Rica

### Revista de Historia

Universidad Nacional, Costa Rica

ISSN: 1012-9790

ISSN-e: 2215-4744

Periodicidad: Semestral

núm. 74, 2016

revistadehistoria@una.cr

Recepción: 13 Junio 2016

Aprobación: 02 Agosto 2016

URL: <http://portal.amelica.org/ameli/journal/299/2993454006/>

DOI: <https://doi.org/10.15359/rh.74.6>



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NonComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

**Resumen:** El artículo explica las causas socioambientales que en la primera mitad del siglo XX presionaron la emigración de familias del pueblo huetar, tanto a lo interno del actual cantón de Mora, Costa Rica, como hacia fuera de este mismo. En este estudio se establecen, además, las relaciones entre las causas de dichos desplazamientos y la participación periférica de Costa Rica en la economía-mundo entre 1900 y 1955.

**Palabras clave:** historia, geografía histórica, historia oral, migración indígena, pueblo huetar, agroecología, Costa Rica.

**Abstract:** This study throws light on the socio-environmental causes of Huetar families' migration inside the existing Mora canton, Costa Rica, and outside of this canton, in the first part of the 20th century. It also establishes the relationships between these displacements and Costa Rica peripheral involvement in the world economy between 1900 and 1955.

**Keywords:** History, historical geography, oral history, indigenous migration, Huetar indigenous peoples, agroecology, Costa Rica.

## INTRODUCCIÓN

Las migraciones internas, entendidas como cualquier otro fenómeno social, son condicionadas históricamente, y son resultado de un proceso global de cambio del cual no debe separarse. Por tanto, encontrar los límites de la configuración histórica que da sentido a un flujo migratorio dado, es el primer paso para su investigación.<sup>1</sup> La pertinencia que tiene el estudio que acá se presenta con la geografía histórica cultural es coincidente con Carl Sauer, quien sostiene que uno de los temas que atiende esta subdisciplina es, precisamente, la lucha histórica por el espacio.<sup>2</sup> En este sentido, ya sea por la fuerza, por el mestizaje, el comercio o por la adaptabilidad, todas las culturas están marcadas por sus cualidades de ganar o perder terreno.

El interés específico por los cambios ambientales y socioeconómicos que pudieron motivar la expulsión del pueblo huetar desde el cantón de Mora en la primera mitad del siglo XX se origina a partir de los intercambios

## NOTAS DE AUTOR

\* Costarricense de origen colombiano. Sociólogo y Máster en Geografía, Universidad de Costa Rica. Estudiante del Diplomado de Ecología Política y Ambiente del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Investigador del Centro de Investigación de Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Universidad Estatal a Distancia (UNED) en Costa Rica. Correo electrónico.

durante una visita al territorio indígena de Zapatón. También, luego de la lectura de las obras del lingüista Miguel Ángel Quesada;<sup>3</sup> así como de encuentros informales con familias huetares entre el 2010 y el 2012 en aquel mismo territorio.<sup>4</sup> En esas breves oportunidades, mayores de la comunidad confirmaron la versión acerca de la llegada de grupos de familias huetares provenientes del cantón de Mora hacia la parte sur del cantón de Puriscal durante la primera mitad del siglo XX. Aducían, sin mayor detalle, que la causa de la llegada de sus ascendientes fue la búsqueda de mejores tierras. Este artículo analiza la información recogida en el trabajo de campo realizado entre el 2012 y el 2015 en Quitirrisí y Tabarcia en el cantón de Mora, exponiendo la compleja situación que motivó a estas familias a desplazarse hacia el sur de Puriscal. En estas páginas se resume una parte de mi tesis de posgrado para optar por el título de Máster en Geografía por la Universidad de Costa Rica (UCR).<sup>5</sup>

Salvo la mención en los textos de Quesada, los desplazamientos realizados por miembros del pueblo huetar no son abordados en otros estudios. Este autor, a su vez, tampoco profundiza sobre sus causas.<sup>6</sup> Por esta razón, en este artículo se exponen los factores agroecológicos que pudieron limitar la reproducción cultural de este pueblo en el cantón de Mora y que obligaron a algunas familias a migrar dentro y fuera de dicho cantón en la primera mitad del siglo XX. Se analizan las causas de estos desplazamientos, además de la articulación de estos episodios puntuales, tan importantes para la historia colectiva de este pueblo, hasta fenómenos más generales como la expansión del café en el Valle Central y la expansión de los pastos dentro del mismo cantón como una contribución a la valorización de la identidad huetar y su memoria, como también un aporte a la comprensión geográfica cultural de los procesos históricos de Costa Rica.

## GENERALIDADES SOBRE EL PUEBLO HUETAR

Los huetares hoy son el 5% de los 69.629 indígenas costarricenses, es decir, 3.461 personas, que se autoidentifican como parte de alguno de los ocho pueblos que habitan en el país.<sup>7</sup> En sus dos territorios, Quitirrisí<sup>8</sup> –cantón de Mora–, con 2.660 ha., y Zapatón<sup>9</sup> –cantón de Puriscal–, con 2.855 ha., los huetares apenas ocupan respectivamente 9% –239 ha.– y 20% –571 ha.– de la tierra frente a una población no indígena creciente.<sup>10</sup> Según cálculos de este estudio, basados en Borge y datos del INEC,<sup>11</sup> en promedio en Quitirrisí le corresponde 0,24 ha. para cada indígena frente a 2,5 ha. para cada no indígena. Más grave todavía, en Zapatón en promedio le corresponde 1,61 ha. para cada indígena frente a 23,5 ha. para cada no indígena. Estas cifras, por supuesto, no consideran las desigualdades que puedan existir en cuanto a la tenencia de la tierra tanto a lo interno de las poblaciones indígenas como de las mestizas. Además, para el caso de Quitirrisí, la falta de tierra donde practicar la agricultura, la carencia de incentivos para desarrollarla, y su cercanía a las principales ciudades del Valle Central hacen que, progresivamente, miembros de este grupo se desplacen a los centros urbanos a trabajar principalmente en actividades mal remuneradas.

Es importante señalar que la lengua huetar lamentablemente desapareció desde el siglo XVIII pese a que, según Quesada, fue una lengua franca en el período previo a la conquista, debido al contacto con otros grupos que la gran extensión de su territorio histórico le permitía; todo ello adicionado a su poder político y militar.<sup>12</sup> Por tanto, la fragilidad de la reproducción cultural actual de los huetares difiere en mucho de las condiciones que tuvo este pueblo en el pasado hasta la llegada de europeos.

Al igual que las lenguas de los pueblos boruca, térraba, gnäbe, cabécar, bribri y guatuso, la lengua huetar forma parte de la familia lingüística chibcha.<sup>13</sup> Asimismo, resultados obtenidos desde una perspectiva genética y evolutiva permiten considerar una estructura demográfica que contrasta con grupos de otras filiaciones lingüísticas sean estos del norte o sudamericanos. Desde la genética se señala que hace aproximadamente diez mil años atrás la aparición de una divergencia lingüística del protochibcha en grupos indígenas establecidos en la Baja Centroamérica,<sup>14</sup> incluyendo aquí a Costa Rica –mapa 1–.

Además, singularidades genéticas, según la evidencia hallada por estos estudios, no permite concluir grandes movimientos poblacionales del norte o el sur, pues más bien se encontró un endogenismo que controvierte la tesis de que, lo que actualmente es Costa Rica, fue una tierra despoblada que únicamente sirvió para el tránsito, tal como un puente, entre los pueblos mayas e incas.



MAPA 1  
Territorio histórico chibcha, Baja Centroamérica

Fuente: Adolfo Constenla, *Las lenguas del área intermedia: introducción a su estudio areal* (San José, Costa Rica: EUCR, 1991), 10.

De este modo, la filiación y origen del pueblo huetar es común al de otras lenguas dentro del área lingüística chibcha que se dividía en cuatro regiones discontinuas a la llegada de los europeos, pero que tuvo en esta parte del istmo su lugar originario.<sup>15</sup>

Por otra parte, con el empleo de topónimos e hidrónimos, el territorio en el cual se desarrolló el pueblo huetar, al menos hasta el siglo XVI, comprendió más allá del Valle Central. Hacia el oriente llegaba hasta Chirripó. Hacia el sur, los huetares extendían sus actividades por las estribaciones de la Cordillera de Talamanca, en los actuales cantones de Puriscal, Acosta y Mora hasta el río Pirrís, en Parrita, y en la provincia de Puntarenas. Ya en el litoral pacífico este pueblo alcanzó a habitar las zonas en las que actualmente están los poblados de Esterillos, Tárcoles, Jacó y Caldera. A lo anterior hay que agregar que habitaban también la cordillera de Tilarán hasta los Montes del Aguacate. Por el norte ellos controlaron aquellas secciones que se encuentran en el Valle Central de las provincias de Alajuela y Heredia, inclusive Barva y las estribaciones de la Cordillera Volcánica Central hasta las llanuras de San Carlos.<sup>16</sup>

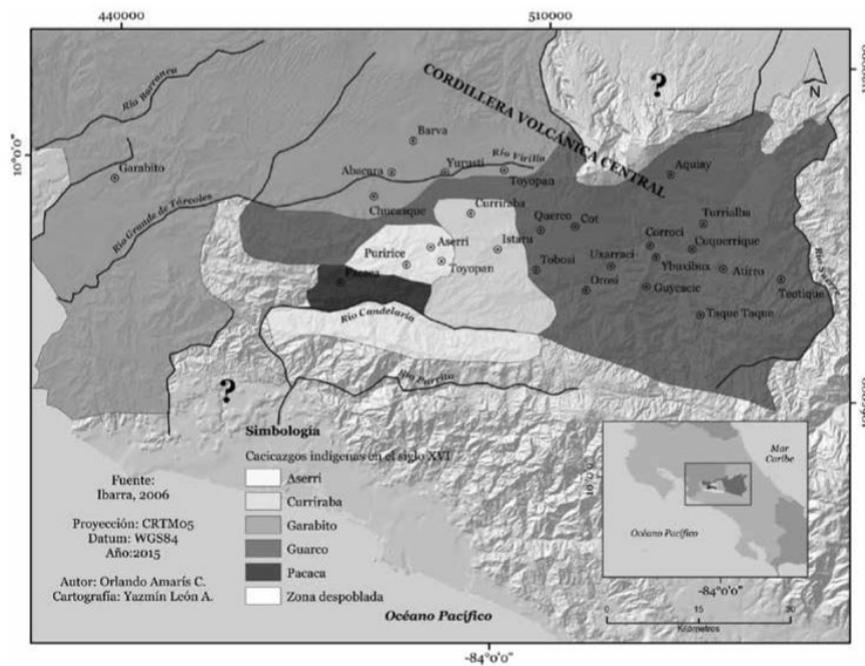
De hecho, en el siglo XVI, anotó Fernández de Oviedo, luego de tener contacto con este pueblo, durante su exploración del llamado golfo de Güetares o de Orotiña, hoy de Nicoya, que “Los Güetares son mucha gente, é viven encima de las sierras del puerto de la Herradura [...]”.<sup>17</sup> Se observa, por ejemplo, en el mapa 2 cómo la palabra Güetares se ubica sobre unas montañas cercanas a la costa y limita con los Chorotegas.



automático que realiza el programa ArcGIS (10.0) a partir del mapa de Quesada.<sup>19</sup> Este autor propone una zona cultural huetar a partir de aspectos toponímicos e información de los cronistas europeos acerca de las lenguas de los pueblos conquistados. De esta forma, el territorio huetar cubrió 18,9% de la superficie que tiene actualmente Costa Rica. Sin embargo, es pertinente adicionar que toda delimitación territorial es también una abstracción, ya que la relación entre los seres humanos y el espacio es dinámica. Lo anterior hace que se sostenga que los límites de un territorio no deberían ser vistos como barreras a la interacción entre los pueblos.<sup>20</sup>

Lamentablemente, no hay fuentes que permitan estimar cuál pudo ser el número preciso de los individuos del pueblo huetar antes de la llegada de españoles, tampoco es posible aseverar de manera concluyente qué proporción de la totalidad de indígenas habitantes en lo que hoy es Costa Rica pudo corresponder a ese mismo pueblo. Sin embargo, se estima que alrededor de 54 millones de indígenas habitaban el continente americano en el siglo XVI al momento de la invasión europea. De estos, en Centroamérica habitaban 5.600.000 indígenas. Para el caso específico del territorio actual de Costa Rica, se calcula que la población total de indígenas de diferentes grupos, en aquel mismo momento, pudo ser de 400 mil individuos.<sup>21</sup>

Sobre la forma organizativa que estructuraba los distintos grupos que vivían en Costa Rica, la evidencia arqueológica muestra que, en el período tardío de la historia antigua, entre 2800 y 550 años antes del presente, las sociedades indígenas que aquí habitaban, incluida la que después sería denominada como güetar por los españoles, desarrollaron todo su potencial con la conocida sociedad cacical.<sup>22</sup>



MAPA 4  
Cacicazgos indígenas en el Valle Central (Siglo XVI)

Fuente: Eugenia Ibarra, Las sociedades cacicales de Costa Rica (Siglo XVI) (San José, Costa Rica: EUCR, 2006), 34.

Los cacicazgos de Aserri, Pacaca, Guarco, Garabito, Currirabá –Curridabat–, eran huetares. Los señoríos de Garabito y Guarco eran cacicazgos que conformaban unidades sociopolíticas mayores de este mismo pueblo –mapa 4–.<sup>23</sup>

## Los saberes y los insumos culturales internos en el agroecosistema huetar

Un agroecosistema es una unidad ecológica en la cual el ser humano ordena la circulación de la energía y el consumo de nutrientes para obtener alimentos, biocombustibles –como la leña– y tejidos vegetales.<sup>24</sup> Adicionalmente a las entradas naturales y de la atmósfera, los agroecosistemas cuentan con insumos provenientes de los esfuerzos que realizan los agricultores con el objetivo de mantener o mejorar el rendimiento de su cosecha, sea esta dirigida hacia el autoconsumo o al intercambio de excedentes. Aquí nombraremos a dichos aportes antrópicos como insumos de energía cultural para distinguirlos de la entrada de energía ecológica proveniente del sol.<sup>25</sup>

Con el fin de valorar los ingresos culturales al agroecosistema y explicar cómo se relacionan con otras partes de este, mencionaremos, como ejemplo, algunos beneficios de la asociación maíz, frijol y ayote<sup>26</sup> que se practica todavía hoy en el cantón de Mora y que permite visualizar cómo se realizaban estas actividades antes de la revolución verde o bien durante nuestro período de estudio (1900-1955). En este sentido, aparte de los efectos ya conocidos de la fijación del nitrógeno por el frijol y su aprovechamiento por el maíz, también el ayote, por tener grandes hojas horizontales dispuestas sobre el suelo, impide la germinación de malezas, pues obstruye la llegada de rayos solares necesarios para el crecimiento de estas, protegiendo, de este modo, el policultivo de especies vegetales que retrasarían el desarrollo de las plantas útiles. Como una virtud de esta cucurbitácea, Gliessman anota que ella lixivía también compuestos alelopáticos.<sup>27</sup> Este autor finalmente añade que, a diferencia de un monocultivo, en el policultivo no hay concentración de un solo alimento para los insectos herbívoros y así a estos les será menos fácil encontrar las plantas de su preferencia, debido a que estas se encuentran mezcladas. Además, al no usarse plaguicidas, se favorece la presencia de depredadores entomófagos que mantienen estable la población de plagas herbívoras, pues no se alteran las cadenas tróficas. Todo lo anterior genera un microclima en el policultivo que favorece la actividad de insectos benéficos para las plantas útiles y estimula un mayor dinamismo en las comunidades de microorganismos presentes en el suelo. Estos resultados son determinantes en los requerimientos de insumos culturales, principalmente en forma de trabajo hacia el policultivo.

“Cuando yo era niña nadie conocía las yerbecidas ni nada por el estilo [...] se usaba puro cuchillo porque había que trabajarlo a pura mano. Por eso antes esos señores [propietarios con mucha tierra] tenían muchos peones para trabajar muchos potreros. Si hacían una milpa tenían que tener esa peonada para que limpiara el maíz, lo cortaran y todo eso, frijoles lo mismo”.<sup>28</sup>

De esta manera, tanto con el policultivo como con el frijol tapao que se describen adelante, cuanto mayores sean los cambios impuestos por el ser humano a los procesos naturales, igualmente grandes serán los requerimientos de energía cultural para mantenerlos. Se aprecia, entonces, la relación entre resultados favorables a aquel conocimiento empírico, surgido de la comprobación reiterada de las acciones que conducen o no al logro de los fines deseados.

“En esos tiempos se tapaba [frijol] hasta el 15 [de octubre]. Ahora se tapa hasta el último día de octubre porque el tiempo ya cambió”.<sup>29</sup>

No se requería de insumos artificiales tales como fertilizantes industriales, ya que la rotación del cultivo y el barbecho permitía la recuperación de los efectos de cada ciclo de cultivo. Igualmente, no se requería de mayores esfuerzos para su irrigación, pues dependía de las condiciones regulares del clima que se manifestaba en aquella época.

“Es que la generación de antes eso era lo que aprendía. Ellos no estudiaban. Ellos solamente se dedicaban como los papaces les enseñaban a trabajar la tierra y cultivar para comer”.<sup>30</sup>

“Hay veces antes. Ahora ya no. Porque usted ha visto un 19 de marzo ahora es un veranón terrible. Se muere el maíz, se atorboza. En cambio en la primera semana de abril entonces vienen las primeras aguas. Antes cuando yo tenía 15 o 18 años

yo sembraba en San José Bendito que era el 19 de marzo. En esa época cuando era mayo ya estaba el maíz quebrando caña. Ahora ya no; por el tiempo que todo ha cambiado”.<sup>31</sup>

Se entendía, y se entiende aún hoy, que la energía cultural en forma de trabajo está integrada a la actividad agrícola. Así, parte de la biomasa que no se cosecha era reutilizada en el cultivo y aprovechada ya sea como cobertura para el frijol tapado o como cenizas ricas en minerales resultantes de la quema del rastrojo y los “charrales más gruesos”. Como ya se vio, se empleaban también abonos verdes

–ayote en medio de la milpa– que, además del barbecho y del uso de leguminosas, hacen posible pensar en estos agroecosistemas como un diseño eficiente acorde con las condiciones naturales del lugar. Debido a todas estas relaciones descritas presentes en los agroecosistemas mencionados, es posible catalogar a estos últimos como procesos preindustriales de intensificación de la energía.

Si bien es cierto, un agroecosistema es un ordenamiento del medio natural, los sistemas de cultivo ya señalados permiten una relación favorable entre la energía que ingresa en forma de trabajo y la que sale en forma de cosecha. Es decir, la energía almacenada en la cosecha es mayor que la energía que ingresó al agroecosistema en forma de insumo cultural para producirla. Esta es una diferencia importante del proceso agroproductivo que siguió en la misma zona décadas después al período en estudio, ya que, con la participación de los agroquímicos y la energía necesaria para fabricarlos, el ingreso de energía se incrementó sin que necesariamente aumentara la cosecha.

“El terreno de media o un cuarto de manzana se limpiaba para sembrar el maíz [...] En callecitas. Tres granitos cada sacada [...] En ese tiempo algunos quemaban. Nosotros no quemábamos para que estuviera fértil la tierra [...]”.<sup>32</sup>

A pesar de ser un trabajo intenso que podía cubrir entre seis y siete horas diarias en algunos meses, la faena comenzaba bastante temprano antes de que la luz del día comenzara a iluminar el campo de cultivo. En el caso de que la familia contara con tierra que cultivar, todos sus miembros participaban de las tareas. Se trataba entonces de la participación de todos los miembros de la familia en el cuidado del cultivo y tareas derivadas, encargándole a los niños y niñas aquellas de menor dificultad. Sin embargo, es importante indicar que tapar frijoles era una actividad muy conveniente ya que requería poco trabajo.<sup>33</sup>

“Hacen como trillitos, cortan como decirle calles, lo que llaman ellos carrilear, hacen un camino y ahí van regando. Hacen otro, lo riegan. Entonces cuando ya terminaron de regar la cantidad de frijol, porque eso ya lo tiene calculado si hace diez carriles entonces es un cuartillo de frijoles o media cajuela. Entonces cuando ya tiene eso regado, carrileado entonces se doblan a volar cuchillo. Chapean y picotean y queda aquello bien picado hasta para la cosecha. Eso no tiene ningún costo. Nada más arrojar y recoger la cosecha. En cambio el maíz y los frijoles eso sí tiene un costo porque hay que limpiarlo, aporcarlo, y tenerle más cuidado”.<sup>34</sup>

“Para las tapas [de frijol] en el mes de setiembre [...] las personas regaban y chapeaban el monte. Nosotros no sembrábamos [frijoles] en marzo sino que tapábamos en setiembre [...]”.<sup>35</sup>

Este sistema de cultivo, el frijol tapao, también conocido como siembra con cobertura, no requiere de quema, sino que luego de abarcar un trayecto donde se riegan los granos, se chapía –no se raspa– el rastrojo procurando que este caiga sobre las semillas recién “voleadas”. La siembra con cobertura tiene la particularidad de que el período de descanso se abrevia, pues se emplea la vegetación en transición. Igualmente ocurre también un caso intermedio en el cual se combina la agricultura itinerante con otra actividad rentable, sea esta agrícola o no.<sup>36</sup> Esta combinación implica la práctica de agricultura en terrenos alejados de la unidad principal. El frijol tapao es un caso en el cual se combinan prácticas itinerantes y sedentarias, complementarias dentro de las actividades que son parte del año agrícola. El éxito de dicha complementariedad se vale de dos recursos claves. En primer lugar, cuando la tierra escasea en los lugares de origen, pero es abundante tanto en calidad como en cantidad, en lugares distantes se practica en ellas el frijol tapao. En segundo lugar, el otro recurso es la mano de obra que es escasa en la época de habilitación de terrenos, siembra y cosecha en el lugar de origen de los agricultores “pero de costo de oportunidad relativamente bajo en la época en que

corresponde la siembra del frijol tapado”.<sup>37</sup> A lo anterior, Moreno y Sánchez hacen recordar que uno de los efectos de la cobertura o del mantillo es contener las malas hierbas. Sin esa protección que ofrece el mantillo, por ejemplo, como indica doña Amelia, se requeriría un ingreso importante de energía en forma de insumo cultural destinado a “limpiar, aporcar, y tenerle más cuidado” a la milpa.

Moreno y Sánchez, luego de varias observaciones, concluyen que las asociaciones de especies, tal como el policultivo, se realizan por lo general en condiciones ambientales opuestas a aquellas en las cuales se practica el frijol tapao. Para ellos el sentido de los cultivos múltiples está en aprovechar al máximo el recurso tierra cuando esta presenta problemas de fertilidad o de disponibilidad. Ambos autores agregan que hay un uso más intenso de la mano de obra a lo largo del año en el policultivo que contrasta con el cultivo con mantillo – frijol tapao–. En este último, como ya se comentó, su cobertura controla las malas hierbas. Sin esta cobertura la energía invertida como insumo cultural destinada a deshierbas sería tal que opacarían los retornos de esta práctica agrícola.

Se trata entonces de sistemas itinerantes y rotativos que eran aprovechados en asociaciones, en el caso del policultivo, de un cereal, una leguminosa –maíz, frijol, y en menor medida arroz– y, eventualmente, junto a una cucurbitácea tal como el ayote. Esto es justamente el caso del policultivo. La cosecha extraída, la biomasa comestible, era removida de la zona de cultivo y destinada al autoconsumo principalmente, o bien, siempre que fuera posible un excedente, para la venta en San José, según se indica en entrevistas realizadas a mayores huetares en el cantón de Mora. Dicha venta les permitía modestamente adquirir otros productos no producidos en el predio familiar.

“Lo que venía de afuera era café, papa, macarrones, dulce envuelto en hoja de caña, arroz. Cuando [papá] lo vendía él todo, compraba fideos, jabón en barras de media y entera, manteca en libras. Candelas diez u ocho para la semana o un litro de canfín. Papá hacía las canfineras y con eso alumbraba uno”.<sup>38</sup>

La aplicación del fuego en la roza, tumba y quema tenía la ventaja que facilitaba mucho la labranza posterior del terreno y aceleraba el proceso de mineralización de toda esa materia vegetal reincorporando al suelo nutrientes que serían aprovechados por las plantas sembradas. No obstante, la desventaja que presentaban las quemas era que se aplicaba, como en este caso, en terrenos con pendientes fuertes o moderadas que, por efecto de las precipitaciones, la escorrentía llevaba consigo muchos de esos nutrientes, ya disminuidos por la lixiviación ocasionada por la acidez, exponiéndose también el horizonte superficial del suelo a su remoción. De esto se desprende que para el éxito de este sistema de cultivo itinerante era importante contar con suficiente superficie, de tal manera que unos terrenos tuvieran oportunidad de regenerarse naturalmente para que luego pudieran ser utilizados cuando otros comenzaran a desgastarse

“Esa ceniza era muy buena y en ese tiempo el maíz pegaba muy bueno, pero al siguiente año ya no era igual porque las lluvias que había en ese tiempo barrían todo aquello. Poco a poco va quedando aquello lavado”.<sup>39</sup>

La extensión destinada, sea al policultivo o a la tapa de frijoles, según recuerdan las personas entrevistadas, difícilmente superaba media hectárea.

“En ese tiempo eran quemas lo que había. Cuando era enero y febrero eran esas oscuridades, aquí abajo y aquí arriba. Yo vivía por allá abajo allá en Tabarcia, y se veían para el lado de Palmichal aquellas quemas, amanecían y anochecían. Viera usted”.<sup>40</sup>

Luego de la aplicación del fuego, tres o más días después, cuando la tierra enfriaba, los agricultores que optaban por este sistema esperaban hasta el 19 de marzo para sembrar maíz y frijoles.<sup>41</sup> Estos se sembraban ordenadamente en las llamadas calles luego de raspar el suelo, donde se intercalaban sembrando por medio de una macana tres granos de maíz y tres de frijol. Ya para el primero de abril, coincidentemente con los primeros aguaceros, los agricultores se encontraban deshierbando manualmente.

Por otra parte, el frijol tiene la cualidad de cosechar antes que el maíz y por eso algunos agricultores huetares lo sembraban el mismo día que el maíz o bien dos semanas después. Ya entre mayo y junio, normalmente se

arrancaban las matas de frijol y, además fijaban nitrógeno al suelo de la milpa que será de utilidad tanto para la planta de maíz como para el proceso que seguía. Las leguminosas arrancadas en este momento tienen los granos de frijol prendidos en el interior de sus vainas y podrían ser puestos a secar en trojas para protegerlos de la humedad.

Mientras tanto, en la milpa las plantas de maíz continúan desarrollándose rodeadas de rastrojos que han crecido desde la última limpieza que se les dio al comenzar las primeras lluvias en abril. Este maíz podía ser recogido en elote entre junio y julio para preparar platillos o bien dejarse en la planta hasta que la tuza estuviera seca. Una práctica llamativa es que ya en agosto, una vez seco el maíz, se doblaba en la mata sin ser arrancada la mazorca de la planta, para ser recogida posteriormente en enero del año entrante procurando doblarlo en menguante para que el grano no se dañara por la humedad que obtuvo durante el invierno ni fuera a ser perforado ni comido por algún insecto.

Ahora bien, la otra alternativa al policultivo para preparar el terreno era posible, si se contaba con un terreno en barbecho con un descanso de dos a tres años como mínimo. En estos casos no se aplicaba fuego al charral grueso, sino que se aprovechaba todo este material para que sirviera de cobertura, mantillo, al frijol tapao. Es entre setiembre y octubre, a más tardar el 15 de octubre, cuando en el barbecho se tapa el frijol. Para este segundo caso lo óptimo era contar con una tierra descansada, con un barbecho ojalá mayor a tres años con el fin de contar con suficiente cobertura vegetal como para tapar las semillas de frijol, luego de que estas fueran arrojadas a puñados entre el monte.<sup>42</sup>

Lo más común, según los testimonios, era permitir que los terrenos desarrollaran naturalmente “charrales gruesos”, con suficiente rastrojo para cubrir las semillas de frijol en lugar de transportar biomasa de otro lugar hacia el sitio de cultivo. Entre las ventajas de este tipo de prácticas están que se protegen los terrenos en pendiente que en nuestra área de estudio son predominantes; es poca la demanda de mano de obra que requieren; permite el mantenimiento de la fertilidad sin insumos agrícolas sintéticos; la dinámica poblacional vegetal durante el período de barbecho reduce asimismo la incidencia de malezas y facilita la recuperación de arbustos y hierba cortada. Igualmente, estos investigadores señalan que no se requiere de semillas mejoradas. Araya y González afirman que el frijol tapao califica como explotación de subsistencia, pues se caracterizaba –y lo sigue siendo donde es posible– por ser parte de la práctica cultural de la población rural de escasos recursos; al ubicarse en zonas cuyas vías de acceso eran y siguen siendo deficientes; contar con poca tierra y escasa capacidad de uso, y sin facilidades para la comercialización. Otra cualidad es que se encontraba en un área de transición entre la montaña y el cultivo, y se presentaba en terrenos con mucha pendiente.<sup>43</sup> Todas estas actividades se observaban y algunas de ellas todavía hoy se mantienen en el área de estudio pese al mejoramiento de los caminos y el ingreso de recursos familiares provenientes de la remuneración de las actividades que desarrollan parte de sus miembros en San José, principalmente.

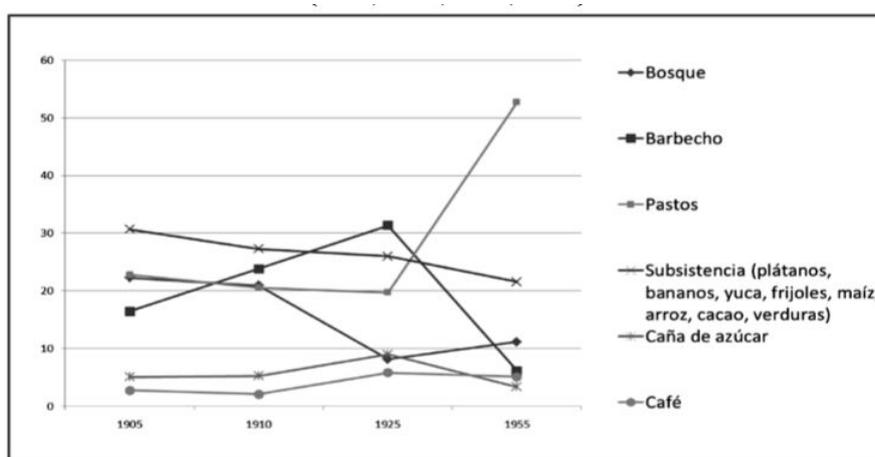
### *Dinámica de los cambios en la cobertura del cantón de Mora (1905-1955)*

Visto en detalle, en la tabla 1, la superficie del cantón de Mora soportó los ajustes que requirieron varias actividades agropecuarias.

**TABLA 1**  
Superficies en hectáreas según cultivos en el cantón de Mora (1905, 1910, 1914, 1925, 1955)

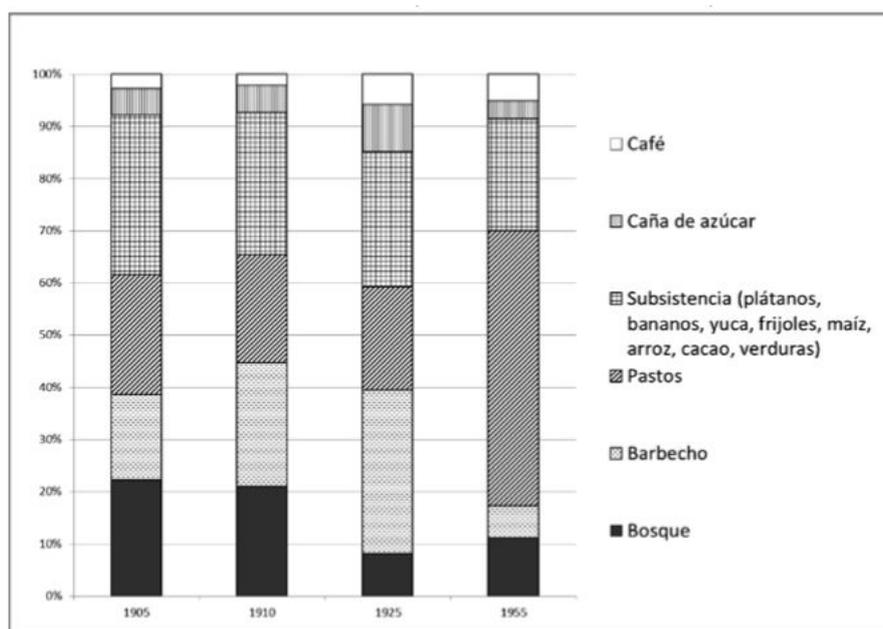
Cultivo	1905		1910		1914		1925		1955	
	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo
Bosque	2419	22	2611	21			501	8	1232	11
Barbecho	1789	16	2968	24			1930	31	679	6
Pastos	2477	23	2565	21	2720	41	1213	20	5829	53
Subsistencia	3333	31	3400	27	3118	47	1601	26	2383	22
Caña de azúcar	550	5	656	5	428	6	553	9	373	3
Café	297	3	262	2	346	5	358	6	567	5
<b>Total</b>	<b>10864</b>	<b>100</b>	<b>12462</b>	<b>100</b>	<b>6612</b>	<b>100</b>	<b>6155</b>	<b>100</b>	<b>11063</b>	<b>100</b>

Fuente: Elaboración propia basado en los Censos agropecuarios. Archivo Nacional de Costa Rica, Fondo de Estadística y Censos. Documentos 899, 912, 16. Nota: En esta tabla se incluye entre los cultivos de subsistencia: plátanos, bananos, yuca, frijoles, maíz, arroz, cacao, verduras. En 1914 no se registró la superficie correspondiente a bosque y barbecho.



**GRÁFICO 1**  
Tendencias de los porcentajes de la cobertura del cantón de Mora (1905, 1910, 1925, 1955)

Fuente: Elaboración propia basado en los Censos agropecuarios. Archivo Nacional de Costa Rica, Fondo de Estadística y Censos. Documentos 899, 912, 16.



**GRÁFICO 2**  
 Representaciones porcentuales de coberturas en Mora según totalidad del área censada (1905, 1910, 1925, 1955)  
 Fuente: Elaboración propia basado en los Censos agropecuarios. Archivo Nacional de Costa Rica, Fondo de Estadística y Censos. Documentos 899, 912, 16.

Al observar las tendencias en el gráfico 1 es posible afirmar que, en el caso de la superficie de cultivos de subsistencia, estos se mantuvieron pasando de 31% –3.333 ha– en 1905 a un 27% –3.400 ha– en 1910 para disminuir en 1914 con 47% –3.118 ha– de la superficie registrada en cada uno de esos años. Sin embargo, a partir de entonces se censa que en 1925 hubo 26% –1.601 ha– de cultivos de subsistencia hasta llegar cubrir 22% –2.383 ha– de la superficie en 1955. Consecuentemente, sería esperable que ante un descenso de estos cultivos anuales se presente un aumento del barbecho para ser cultivado en la siguiente temporada, si se considera que son terrenos en descanso que estarán disponibles para ser utilizados y que permitirían su sustentabilidad, ya que al estar cubiertos de tacotales y charrales facilitarían la reposición de nutrientes necesarios –sea para el policultivo o el frijol tapao–. No obstante, no se observa dicho contraste. Lejos de eso, el barbecho, pese a aumentar su participación porcentual en la cobertura del cantón de Mora entre 1905, 1910 y 1925 cubriendo respectivamente 16% –1.789 ha–, 24% –2.968 ha– y 31% –1.930 ha– del área registrada, desciende hasta 6% –679 ha– de la superficie registrada en 1955.

En cuanto al bosque, este se mantuvo de 22% –2.419 ha– a 21% –2.611 ha– en 1905 y 1910 para reducirse dramáticamente entre 8% –501 ha– y 11% Importar imagen –1.232 ha– para los años de 1925 y 1955. En oposición, la cobertura de pastos muestra una tendencia sin cambios importantes, exceptuando el registro anotado en 1955. En este sentido, llama la atención la participación de las gramíneas de 23% –2.477 ha–, 21% –2.565 ha–, 20% –1.213 ha– en 1905, 1910 y 1925 sin

oscilaciones importantes en las cifras relativas para llegar a cubrir 30 años después el 53% –5.829 ha– de la superficie censada del cantón en 1955.

Así las cosas, los gráficos 1 y 2 dan cuenta de una importante transición en la cobertura del cantón de Mora en la cual el barbecho no solo se reduce, sino que exhibe una tendencia que pone en peligro su disposición para el frijol tapao y el policultivo, cultivos de subsistencia, al final de todo el período. Frente a dicha reducción, se plantean dos escenarios, ambos insustentables. El primero de ellos, reducir el tiempo de descanso de las áreas de cultivo. Es decir, intensificar la apropiación de recursos asociados al suelo con consecuencias negativas en cuanto a su degradación. El segundo escenario sería “tumbar” el bosque para compensar la falta

de barbecho e iniciar un nuevo ciclo agrícola en tierras más fértiles con la desventaja de que la destrucción de estos ecosistemas provoca el agotamiento de un biocombustible tan importante como lo es la leña para las sociedades con metabolismo social orgánico como el de Mora durante este período.

La experiencia de la degradación de los suelos, la clave para entender este flujo expulsivo de la población huetar, subyace en los testimonios recogidos durante el trabajo de campo:

“[...] la gente se iba para Zapatón porque ellos decían que las tierras [acá] no producían como ellos querían. [Allá] de un cuartillo eran sacos, fanegas de maíz lo que sacaban. A la gente no le gustaba cuando no había producción y se iban para allá. Decían que [allá] las tierras estaban descansadas y nadie las trabajaba. [Tenían conocimiento sobre la existencia de esas tierras porque] la gente caminaba mucho a pie y como ellos eran compañeros de gente que salía a vender allá en Puriscal. Yo recuerdo que papá, Secundino, le decía a mi mamá, ella se llamaba Zoila: ‘Yo me voy a ir para Zapatón, las tierras de Juan Vargas ya no producen igual, ya dicen que van a venir unos abonos para alimentar la tierra pero qué va a andar uno comprando abonos para alimentar tierras ajenas. Es mejor caminar un poquito más’. Mi mamá le decía ‘Yo no me voy. Yo me quedo aquí. Si quiere se va usted con el hijo mayor y ya’. Ellos, Secundino y un hijo mayor, fueron y se devolvieron porque era muy costoso y muy caliente, y mi papá no estaba acostumbrado a andar cocinando, él no cocinaba nada [...]”<sup>44</sup>

“Sí claro, porque si solo la trabajaba [la tierra] pues el suelo se cansaba. En ese tiempo no había nada ni abonos ni nada para ayudar a la planta a que produjera mejor. [Eran necesarios] unos tres o cuatro años para que [un terreno] se encharrale y el mismo charral da el abono. Eso es como cuando usted lleva una carga, hay que dejarlo descansar. Los suelos se casan”<sup>45</sup>

“Muchas veces tenían el dicho de que por aquí no se cosecha como se cosecha por allá [en Zapatón]. Hay tierras buenas y descansadas”<sup>46</sup>

No obstante, si observamos además el comportamiento creciente de la participación de los pastos, es posible confirmar que el bosque despejado no fue utilizado en cultivos, pues estos no aumentan en las proporciones que indican los pastos. Esta situación abre la posibilidad de que el escenario de intensificación y posterior degradación de los suelos tuviera lugar en este cantón como resultado del descenso del barbecho y la reducción de cobertura boscosa para ser sustituida directamente por pastos destinados al ganado. En otras palabras, las superficies de bosque y barbecho fueron las principales afectadas ante el crecimiento de la superficie destinada a pastos como también se muestra en el gráfico 2.

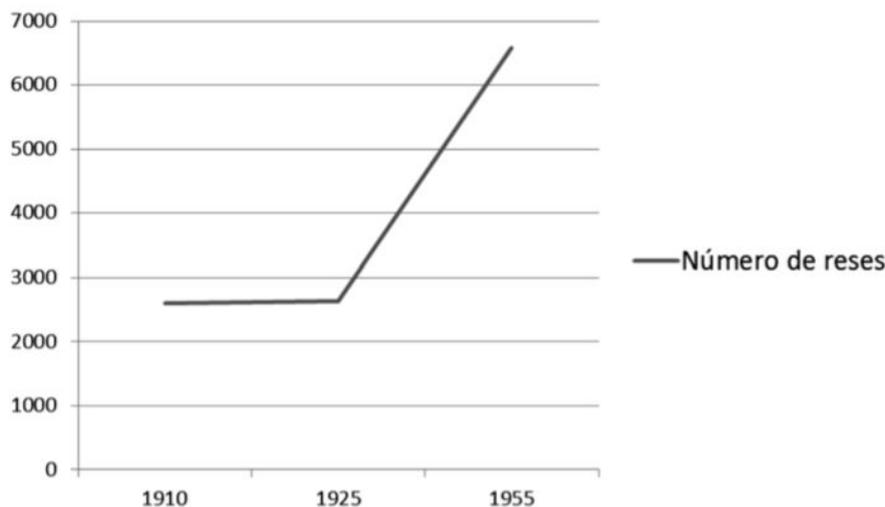


GRÁFICO 3  
Número de reses en el cantón de Mora (1910, 1925, 1955)

Fuente: Elaboración propia basado en los Censos agropecuarios. Archivo Nacional de Costa Rica, Fondo de Estadística y Censos. Documentos 899, 912, 16.

Una muestra adicional del aumento de la actividad ganadera en el cantón de Mora se expone en el gráfico 3, en el cual se destaca el incremento de cabezas de ganado<sup>47</sup> que hubo entre 1925 y 1955 pasando de 2.636 a 6.576 reses. Lo anterior representa un aumento de 2,5. Asimismo, si se considera que la población de Mora

contaba en 1927 con 7.925 individuos y en 1955 a 9.040 individuos, según los Anuarios Estadísticos de dichos años, entonces la relación entre cabezas de ganado por cada 100 habitantes pasó de 33 reses por cada 100 habitantes a 72,7 reses. Dicho de otro modo, la tasa aumentó de 0,3 reses por habitante a 0,7 reses en poco menos de 30 años. Finalmente, si se consideran las hectáreas de pasto reportadas en los censos de 1925 –1.213 ha– y 1955 –5.829 ha–, resulta que para el primer año había 2,2 reses por hectárea de potrero y en el segundo 1,1 reses. Por tanto, es importante considerar que la relación entre las cabezas de ganado por habitante no alcanzó a igualarse 1:1. Sin embargo, la cobertura de pastos para el ganado y el número de reses expresan un incremento, mientras que la carga de ganado por hectárea de potrero disminuye. Lo anterior denota el carácter extensivo de la actividad pecuaria en el cantón de Mora, aunque comparativamente presenta una carga un poco más eficiente –1,1 reses por hectárea de potrero– que sus vecinos Puriscal –0,9– y Turrubares –0,8–, o el promedio de la provincia de San José –1,0–. La provincia de Guanacaste, por ejemplo, tiene una carga de 0,9 reses por hectárea de potrero.

Pese a esa carga un poco más eficiente en el cantón de Mora, sí pudieron agregarse tensiones entre la actividad ganadera y la agricultura que generaran condiciones adversas para la supervivencia de los indígenas. De hecho, desde mediados del siglo XIX, un conjunto de leyes pretendió evitar los daños que el ganado suelto provocaba en las milpas o sementeras,<sup>48</sup> reglamentando que los ganados vacuno y caballar se mantuvieran encerrados y se liberaran para aprovechar los pastos de los montes del 14 de febrero al 30 de abril, pues para esas fechas se estimaba que ya los cultivos –sementeras– habían sido cosechados.<sup>49</sup>

Vale la pena recordar que las proporciones del área cultivada con productos de subsistencias en el cantón de Mora, entre 1910 y 1955, expresan un decrecimiento pasando de 3.400 ha. a 2.383 ha. mientras que el barbecho sufre también una fuerte disminución, de 2.968 ha a 678 ha. junto a los bosques, de 2.611 ha a 1.231 ha. En oposición, se incrementan los pastos, de 2.565 ha a 5.829 ha. como ya también se dijo. Puriscal estaba comportándose de forma similar. Sobre este proceso refiere muy bien Sandner, en especial en su obra dedicada a Turrubares;<sup>50</sup> cantón que se segrega del de Puriscal en 1920. Sin embargo, en la escala nacional, este aumento de pastos no acusó, al menos de modo directo, una reducción en los cultivos anuales; aquellos de subsistencia como el maíz y el frijol. Lo precedente bien pudo deberse a la ampliación de la frontera agrícola donde estos cultivos, mientras fue posible, fueron manejados con técnicas extensivas que poco después comenzaron a expresar los mismos problemas de insustentabilidad de Mora, ya tratados. Esto ocurre, especialmente, en el Pacífico Central, luego de la crisis del 29, como consecuencia de que el Estado costarricense se esforzó en expandir la frontera agrícola para incrementar la producción de los cultivos de subsistencia.<sup>51</sup>

## GANADO Y HUETARES EN MORA

Dada la situación de carestía de la carne vacuna<sup>52</sup> y de restricción generalizada en su acceso, en el cantón de Mora por parte de la población mestiza se presentaba un aprovechamiento de ganado de cría en el cual se comercializaban, básicamente, terneros y reses en edad no reproductiva en el mercado de Alajuela, para lo cual se empleaban los servicios de arrieros comerciantes como don Juan Luis y sus hermanos. Es oportuno recordar que en 1955 en Mora se contabilizaron 6.576 cabezas y una relación de 73 reses por cada 100 habitantes. Con estas cifras, lejos de engordar masivamente ganado para enviarlo hasta Alajuela, tal como hacían los grandes ganaderos guanacastecos con el ganado flaco nicaragüense,<sup>53</sup> lo más frecuente fue que los mestizos de Mora aprovechara la disposición accesible y estable de una fuente de proteína animal como la leche, pues permitía complementar el consumo esporádico de carne de res, de cerdo o de aves de corral. Salvo excepciones, claro está, como aquella que pudo ofrecer la finca ganadera de don Cruz Rojas Bennett en el distrito de El Rodeo, muy próximo a Villa Colón. En otras palabras, para los alrededores de Tabarcia de Mora, y en buena parte de este cantón, las reses valían más vivas que muertas y el envío prematuro de un ternero al matadero o de una vaca en edad reproductiva podía afectar la nutrición de toda la familia mestiza y, con

ello, la sustentabilidad del agroecosistema. Sobre esto último basta recordar que la leche es una importante fuente de calorías, proteínas, minerales y vitaminas.<sup>54</sup>

De este modo, como es lógico, no hay leche ni queso sin vacas ni terneros, y los lácteos tenían una importante participación en la nutrición de la población mestiza, aunque no de la indígena. La leche no estaba presente en la dieta de estos últimos grupos. Sobre esto, Don Memo<sup>55</sup> indica cómo indígenas no figuraban entre la clientela de su madre que con tres vacas vendía la leche que él repartía cuando era niño en Ciudad Colón. No obstante, él sí recuerda haber visto a indígenas dirigirse a sus ranchos con el jarro donde se les regalaba la sangre de las reses destazadas en el rastro –así se nombraban a los mataderos– de aquel poblado. Lo anterior indica, por una parte, el lugar inferior que tuvieron los indígenas en la escala social, en esta oportunidad dependientes de la caridad del matarife.

Aunque la evocación de don Memo no debe ser razón para considerar que la población indígena tuviera preferencia por la sangre sobre la leche, sí resulta oportuna para mencionar que los pueblos indígenas americanos, como buena parte de la población mundial, no produce lactasa; una enzima que hace digerible la lactosa y que solo desarrollaron los pueblos que domesticaron animales para el ordeño. Quienes tienen mejores provisiones de dicha enzima son los pueblos de la India, del norte de Europa y el norte de África y la capacidad de producir la lactasa es transmisible genéticamente por medio del mestizaje.<sup>56</sup> Según esto, entonces, la adaptación del mestizo a la ingesta de un azúcar complejo como la lactosa también les colocó en una situación de ventaja frente a los indígenas, ya que podían aprovechar de esta secreción animal la proteína presente en ella sin que se afectara su salud. Los indígenas, por el contrario, con una economía doméstica más frágil, debieron solventar la falencia de proteínas animales dejando parte de su jornal al carnicero o alternativamente disminuyendo el número de sus aves de corral o de los escasos cerdos flacos con que contaban o, muy esporádicamente, con la carne de monte de los parches de bosque, cuya incursión comenzó a restringirse debido a la privatización. Igualmente, por supuesto, se recuperaban proteínas de fuentes vegetales mezclando cereales y leguminosas –maíz y frijol– pero, en este caso, cosechados en suelos cada vez menos productivos y más “cansados”.

Así las cosas, en el cantón de Mora, tanto para la población mestiza como para la indígena, se dieron dos procesos en paralelo. Por un lado, las prácticas extensivas agrícolas fueron perdiendo las condiciones necesarias para su ejercicio debido a la disminución del tamaño de las propiedades. Por el otro, paulatinamente la explotación lechera se hizo necesaria, ya que fue la leche y no la carne un alimento para la economía doméstica mestiza, pues las dificultades en el transporte y los costos para arrear ganado hasta Alajuela no podían ser cubiertos con facilidad con su débil presupuesto. Igualmente, la venta de terneros contribuyó a sufragar los gastos necesarios para obtener aquellos productos que no se conseguían en el pequeño comercio local de Tabarcia y que hacían necesario ir a Ciudad Colón donde había mejores precios. Además, independientemente del éxito de los cultivos, con la leche, así como eventualmente con la venta de un ternero, las familias mestizas pudieron paliar las consecuencias de una mala cosecha, ya sea por el efecto de temporales o sequías.

Esto explica, también, por qué don Pepe<sup>57</sup> indica que en Tabarcia y sus alrededores no se han caracterizado por ser una zona muy ganadera, porque la gente lo que tuvo en su mayoría, según él, “es su terrenito, con tres o cuatro vacas, vendía la leche y algún ternero”. Para don Pepe esta parte de Mora era más bien agrícola, casi todas las familias tenían su cañal, algún trapiche, cafetal y su parte de maíz y frijoles, si acaso una yunta para llevar caña y no había campo para tener ganado, sobre todo si se considera los pastos tan poco eficientes que se empleaban en aquel entonces. Adicionalmente, don Juan Luis,<sup>58</sup> comerciante de ganado de la época, cuenta que era de Cerbatana –Puriscal– para adentro, y no Tabarcia, ni otro lugar de Mora, donde “todas esas peñas eran blanquitas de ganado”.

Si bien es cierto, la ganadería en el cantón de Mora en 1955 no tuvo los mismos rasgos que reunió la de la provincia de Guanacaste o la del cantón de Turrubares en cuanto a hectáreas de pasto y cabezas de ganado

por habitante,<sup>59</sup> esta tuvo también un carácter extensivo, manteniéndose, entre 1910 y 1955, entre 0,97 y 1,12 reses por ha, lo cual es inherente al empleo de los pastos como especialmente el calingüero –*Melinis multiflora*–, que apenas alcanzaban a soportar dos reses por hectárea. Dicha capacidad de carga de reses por hectárea ya podría ser razón suficiente para definir la existencia de una ganadería extensiva,<sup>60</sup> aunque no necesariamente. A juicio de esta investigación, no es posible una respuesta contundente si se considera, a su vez, el propósito fundamental de ese ganado. Tomando como ejemplo la ganadería de la provincia de Guanacaste en 1955, se puede notar que esta tenía una relación de 88 reses por cada 100 hectáreas, mientras que en Turrubares había 84 reses en la misma superficie. Nótese, en cambio, que Mora tenía una ganadería extensiva de menor grado, permitiéndose 112 cabezas de ganado por cada 100 hectáreas. Esto es 24 reses más que la provincia de Guanacaste y 28 más que el cantón de Turrubares. Estas relaciones apoyan la tesis de que en Mora se daba una ganadería de cría, con la cual los mestizos allí residentes se procuraban de leche para suplir la dieta de sus familias, o bien como un capital suplementario al cual recurrir mediante su eventual venta a intermediarios en caso que fuera necesario.

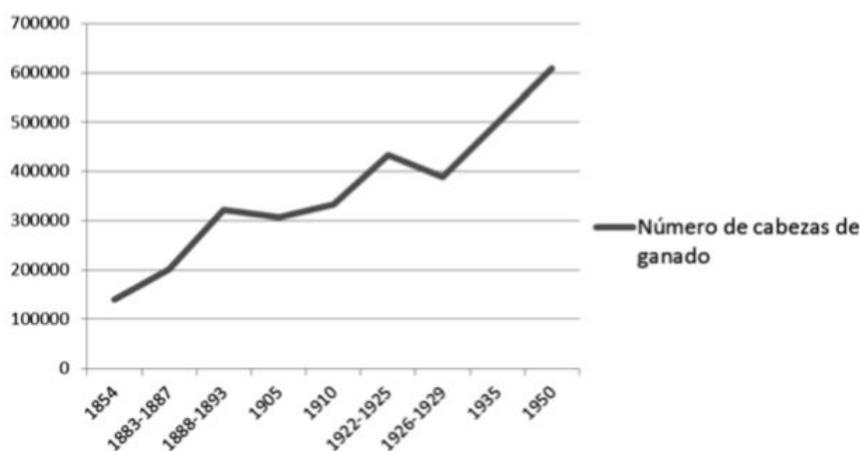


GRÁFICO 4

Número de cabezas de ganado en Costa Rica (1854-1950)

Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos en Excel del Programa de Historia Comparada del Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC).

En todo caso, es importante considerar que de cada 10 calorías consumidas por una res solo una se aprovecha en forma de carne, mientras que se pierden cuatro gramos de proteínas por cada cinco que la res ingiere.<sup>61</sup> Lo anterior, básicamente, por sus “ineficiencias inherentes al metabolismo y crecimiento del animal” vacuno.<sup>62</sup> No obstante, esta pérdida en calorías y proteínas se reduce al consumirse la leche,<sup>63</sup> lo cual es una práctica más eficiente en el contexto que hemos descrito. Lo anterior bien podría explicar por qué, pese al aumento del número de cabezas de ganado en el país –gráfico 4–, el número de reses destazadas no aumentó lo suficiente como para abastecer a la población, pues lo que intentaba buena parte de los propietarios de estas no era engordarlas para enviarlas al mercado alajuelense, como hacían en los latifundios guanacastecos con el ganado importado de Nicaragua, sino aprovechar la leche y recurrir, razonablemente, cuando fuera oportuno, a la comercialización de terneros ya destetados.

Para el caso de habitantes huetares de Mora, dándole la atención que merecen estos factores en su conjunto, al requerir los potreros menos manos de obra, tuvieron menos oportunidad para jornalear. Paralelamente fueron forzados por las consecuencias de la intensificación de los cultivos a ser más precavidos, aún, en complementar las actividades agrícolas con otras. Lo anterior, con el fin de sumar recursos a su modesta economía que les proveyera de liquidez para adquirir bienes de consumo como sal, arroz, dulce, manteca, carne y ropa. Algunas de estas actividades suplementarias involucraban únicamente a los hombres de la

familia, como pudo ser tapar frijol en lugares distantes del lugar de residencia. Basta recordar las observaciones antes anotadas sobre la poca demanda de trabajo que requería este sistema de cultivo, como también la compatibilidad cronológica que tenía con otras tareas, ya que sus requerimientos de trabajo se dan en época de poca demanda en el policultivo, sea este último practicado en terrenos propios o en terrenos de alquiler:

“Unos viejitos se fueron de aquí de Cañas [de Quitirrisí] para Zapatón. A lo menos ya murieron. Toño era uno que decía yo me voy porque yo aquí no tengo dónde trabajar y la necesidad es mucha. Él decía ‘yo yendo a trabajar recojo algo de allá’. Sí, él estuvo un tiempo en una familia Picado. Se levantaban temprano y les daban café para irse a tapar frijoles. No puedo decir si estarán vivos. Un Celestino estuvo por allá, un Juan Vásquez estuvo por allá. Yo me acuerdo que hacían gira para allá Zapatón, adentro de Puriscal, por allá en Santa Rosa. Éste [Antonio] fue uno que anduvo por Zapatón tapando frijoles porque no había dónde tapar frijoles, sembrando maíz con otros compañeros, y así”.<sup>64</sup>

“La gente que se fue para Zapatón [...] se iba ocho días a sembrar para los tiempos de las siembras. Digamos en enero que se empezaban a alistar los terrenos para sembrar en marzo y regresaban los fines de semana. Una vez que los sembrados quedaran, como nadie robaba ni nadie hacía daño y todo mundo tenía lo mismo, entonces ahí quedaban. Luego de un mes o mes y medio iban a lumbrear que llamaban, a desmatonar para que [las malezas] le dieran campo al maíz y ahí ya el maíz se crecía con toda la fuerza. Ellos [quienes se fueron] dejaban eso listo y regresaban por acá otra vez a jornalear para mantener la casa [...] La gente que yo conocí, que iba y venía, ya se murió. Eran hermanos de mi papá y otra gente que hace tiempales murieron. Mi papá nació en 1909 y yo nací en 1938. De esa gente solo estamos nosotros porque muchos primos míos ya están muertos”.<sup>65</sup>

El jornaleo era compatible con la tapa de frijoles siempre que hubiera dónde hacerlo. El jornaleo consistía en vender la fuerza de trabajo a cambio de un pago diario y allí los hombres participaban de la preparación, siembra y limpieza de cultivos anuales en terrenos ajenos. En esta actividad de incorporaban los hombres de la familia apenas tuvieran la destreza de manejar el cuchillo y otras herramientas propias de las diferentes tareas agrícolas. Esta actividad era también compatible con el tejido de petates y esterillas, el cual sí fue practicado incluso por niños y niñas de la familia después de ayudar en las tareas del campo o de ir a la escuela, o bien cuando no podían hacer ninguna de las dos.

“[Éramos] nueve [hermanos]. Todos nos dedicábamos a lo mismo, a donde iba uno iban todos. Las milpas se hacían entre todos, el tule se iba a cortar, se secaba, se jalaba y se arreglaba en rollitos así para ya sacar cada cantidad de tule para un petate”.<sup>66</sup>

“[...] en la tarde como a estas horas -14:30 pm- él [papá] venía llegando. Entonces se ponía a hacer petates. No más dos o tres porque como él estaba haciendo algún pedacito de frijolar o milpa, entonces dejaba el trabajo para noche [...] [Él mismo se iba a vender los petates] los fines de semana y había veces que cuando estaba mal la situación tenía que dejarlos guardados porque no se vendían para ir después a venderlos. Había gente que se iba de aquí a pie hasta San Ignacio [de Acosta] para vender los petaticos y agarraban otros caminos viejos y embarralados, salían de la casa a las dos de la mañana para llegar allá a las cinco de la mañana. Hay que ver cómo sufrieron los viejitos; situaciones duras”.<sup>67</sup>

“Diay! [los petates eran] para recoger un quinto de algo porque estábamos muy mal de la situación. Nosotros nos criamos en puras necesidades. En puras necesidades vivíamos nosotros”.<sup>68</sup>

Otra actividad complementaria a la cual se dedicaban las familias indígenas y mestizas estaba relacionada con las cogidas de café durante la estación seca. Esta actividad como lo es hoy en muchas regiones del país involucraba a toda la familia:

“Coger café, sí. Todo mundo cogía café. Era el tiempo que [con lo que se ganaba] decían que podían comprar ropa para los chiquitos y así. Pero, diay, tenían que ir a coger café. Y si se quedaban y no hacían nada ahí pasaban las pobreza porque no alcanzaba. Caminaban buscando prestado. Por ejemplo, que yo vaya donde esa señora y le diga «présteme un poquito de sal o una tacita de arroz [...] porque no tenemos para almorzar hoy». Muchas familias vivieron eso, si es que no tenían guineos sembrados”.<sup>69</sup>

## Un marco general

En este apartado se brinda un marco general complementario que muestra cuáles fueron las coberturas predominantes en otros cantones de la provincia de San José, con el fin de servir de contraste a la descripción de Mora antes realizada.

En 1935, por ejemplo, tal como se observa en el gráfico 8, en el Valle Central en su conjunto se hallaban poco más de 34.200 hectáreas sembradas de café.<sup>70</sup> Gracias a la exportación de este grano, se estimuló el desarrollo de los transportes como el camino carretero hacia Puntarenas entre 1844 y 1846, la construcción del ferrocarril del Atlántico entre 1871 y 1890, la del ferrocarril al Pacífico entre 1883 y 1910 así como la densificación de la red vial. Todo lo anterior disminuía en costo de fletes y el riesgo de que el producto exportable se dañara y, además, aseguraba su llegada a los puertos necesarios para su salida hacia los mercados europeos o estadounidenses.<sup>71</sup> Sin embargo, Samper resume este proceso todavía mejor dejando ver la funcionalidad de la apertura y mantenimiento de los caminos. Para este autor dicha densificación respondía a las necesidades de llevar, entre el siglo XIX y principios del XX, el café de las fincas a los beneficios y de allí a las estaciones ferroviarias. La construcción de caminos, por eso, se concentró en las cuatro principales ciudades del centro caficultor del país.<sup>72</sup> Adicionalmente, al no haber competencia por la tierra por parte de otro cultivo exportable, fue posible que el café se extendiera rápidamente.<sup>73</sup> Lo anterior todavía más cuando los mercados estaban asegurados. Además, la mayor parte de la expansión cafetalera desarrollada antes de 1935 se realizó en fincas en las cuales ya tenía presencia este cultivo. Así Hall explica la duplicación en la cantidad de superficie sembrada de café entre 1890 y 1935.<sup>74</sup>

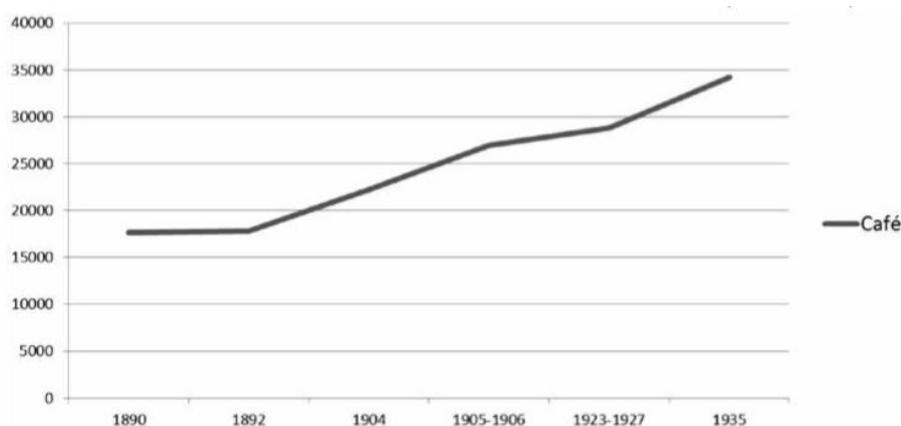


GRÁFICO 5

Área sembrada de café en hectáreas en el Valle Central (1890-1935)

Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos en Excel del Programa de Historia Comparada del Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC).

Es oportuno indicar que el Valle Central brindó los mejores requerimientos para la caficultura, ya que se encuentra entre los 1.000 y 1.500 m.s.n.m, cuenta además con una temperatura media anual de 20 grados y un concentrado régimen de precipitación de seis meses al año que no coincide con la cosecha de este producto primario. Con estas buenas condiciones, el cultivo de café se establece en 1840 y comienza a extenderse al oeste –hacia Alajuela y San Ramón– a más tardar en 1860 ya fuera del Valle Central Occidental.<sup>75</sup> Sin embargo, en 1935 su producción se concentraba casi enteramente en el Valle Central y las posibilidades ecológicas de la habilitación de este cultivo ensayadas fuera tuvieron menos éxito y dieron ganancias solo cuando los precios internacionales aumentaban. Se identifican tres partes del Valle Central donde se extendía la siembra de cafetos, donde destacan la región Alajuela-San Ramón y los valles del Reventazón y Turrialba.<sup>76</sup>

Así las cosas, como se pudo ver en el gráfico 5, entre 1890 y 1935 el área sembrada de café prácticamente se duplica.

El cultivo de café solía combinarse con especies que le proporcionaban sombra como, por ejemplo, el Poró –*Erythrina poeppigiana*– y la Guaba –*Inga edulis*–. Sobre este tema, Picado, Ledezma y Granados indican que esta práctica de sombrear a los cafetales aportaba biomasa a los suelos, fijaba nitrógeno y conservaba así su fertilidad.<sup>77</sup> Además, en la mayoría de casos se sembraban musáceas y especies frutales que complementaban en cierto grado la nutrición de las familias.<sup>78</sup>

Claro es también que se presentaban variaciones intrarregionales, por ejemplo, entre Alajuela y San Ramón predominaba una agricultura mixta –caña, granos, café, pastos– e indistintamente de la extensión de las propiedades no había una concentración de alguno de estos cultivos que fuera evidente durante el período de esta investigación.<sup>79</sup> El café entonces no fue el único cultivo, sino que estuvo siempre asociado a otros. Según Samper, a medida que unos productores y ciertas zonas del país se especializaban más en la siembra de este grano, otros agricultores en zonas aledañas producían más aquello que se dejaba de producir en las zonas cafetaleras.<sup>80</sup> Así, por ejemplo, la siembra de maíz y otros granos se volvió importante en algunas partes de Heredia, y posteriormente en Alajuela, esto en la medida que fue avanzado el café sobre zonas con cultivos de subsistencia.<sup>81</sup> A finales del siglo XIX el Valle Central contaba con un paisaje continuo de cafetales con excepción de los paisajes de Alajuela y San Ramón que eran más diversos.<sup>82</sup> A lo que agregaríamos una especialización alrededor de la producción de alimentos, por ejemplo, en Mora y Puriscal.

Samper concluye que, si bien la transformación de los bosques en milpas, cañaverales y potreros hizo que la población aumentara rápidamente sin expulsar personas hacia otras regiones, al finalizar el siglo XIX ya la situación era otra, pues observó en sus investigaciones flujos emigratorios hacia el noroeste del Valle Central.<sup>83</sup> De la misma forma, para este autor, la manera en la cual se mezclan los usos del suelo –café, subsistencia, pastos, por ejemplo– respondió a razones y estrategias no siempre conscientes que consideraban factores como la disponibilidad de la tierra, la fuerza de trabajo o equipo necesario, así también la estimación de riesgos y potenciales beneficios a diferentes plazos.

Lo cierto es que el café fue sustituyendo progresivamente, ya desde 1840, a los cultivos de subsistencia y a los pastos.<sup>84</sup> Por tanto, es posible afirmar que casi inmediatamente, al iniciar su introducción, este desplazó a otros cultivos. En un principio la expansión de cultivos anuales, como los granos básicos, así como otros permanentes, por ejemplo, la caña y el café, si bien condujeron a la diversificación del uso de la tierra, progresivamente, con la expansión de un producto primario exportable como el café, al ser más lucrativo, los otros cultivos se convirtieron en secundarios o incluso desaparecieron.<sup>85</sup>

Entonces, hacia fines del siglo XIX en el Valle Central se acelera un proceso ya iniciado desde hacía décadas en el cual el desplazamiento de actividades agropecuarias de subsistencia cedió paso al café. Dicho en otras palabras, aunque se hayan mantenido los pastos y los cañales, “la expansión cafetalera provocó la expulsión de los cultivos de alimentos hacia terrenos marginales tales como Puriscal, Mora y cantones del Pacífico Central, y los mismos pequeños propietarios del Valle Central concentraban crecientemente sus esfuerzos en el café”.<sup>86</sup> El cultivo de café se introduce principalmente en unidades productivas que ya contaban con una producción agropecuaria diversificada, y solo excepcionalmente o en parcelas muy pequeñas, llegó a convertirse en un monocultivo. Sin embargo, pese a que tiende a combinarse con otros cultivos, terminó predominando como producto agrícola, lo que favoreció procesos de especialización regional y subregional.<sup>87</sup> Según Samper, es así cómo se distinguen zonas predominantemente cafetaleras de otras productoras de alimentos y aquellas ganaderas. Vale la pena indicar que de acuerdo con el censo cafetalero de 1935, el tamaño promedio de una finca de café era menor a 20 manzanas y en muchos casos no superaban las cinco.<sup>88</sup>

Al terminar el siglo XIX, el área en el Valle Central destinada a pastos era más grande que la del café; pero en 1935 tanto los pastos como la caña habían descendido en forma notable.<sup>89</sup> El área de café igualmente aumentó a expensas de los granos básicos en el mismo período y provocó, a su vez, que los cultivos de maíz y frijol situados en fincas, en 1840, desaparecieran al terminar dicho siglo. Hall señala que los cultivos de subsistencia se habían concentrado, de 1870 a 1880, en Desamparados, Santo Domingo de Heredia, Tibás y Moravia. No obstante, en 1935, continúa Hall, las áreas en las cuales se producían estos productos se había reducido a un 5% en la totalidad del Valle Central. En los casos de Desamparados, Santa Ana y Escazú, las fincas cafetaleras destinaban menos de 20% de sus superficies a la producción de alimentos. Por tanto, es posible afirmar, con todas estas investigaciones, que la caficultura sustituyó, en diferentes grados, la siembra de alimentos en muchos cantones.

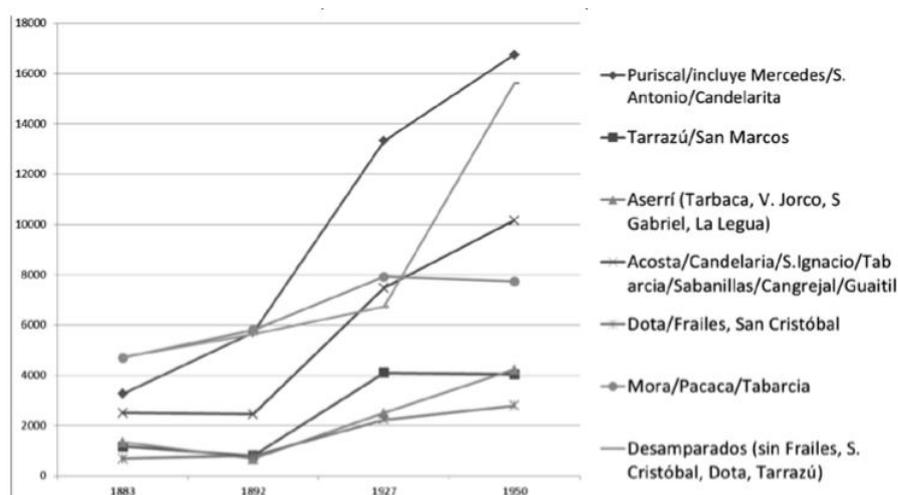


GRÁFICO 6

Comportamiento poblacional según censos demográficos (1883, 1892, 1927, 1950)

Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos en Excel del Programa de Historia Comparada del Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC).

Dentro de este proceso, es importante no perder de vista que dos cantones de enlace entre la Región Pacífico Central y la Región Central son Turrubares y Puriscal, y este último es vecino de Mora, con un atractivo colonizador que hizo frecuente el flujo intermitente, de indígenas y mestizos, por tener tierras vírgenes y aptas para el cultivo de alimentos. Lo anterior es confirmado por doña Manuela, ya que en Tabarcia y sus alrededores ya no había tierra para tapar frijoles.<sup>90</sup> Es importante recuperar que el cantón de Puriscal, para 1955, contaba con una relación de 46 reses y 53 ha. de pasto por cada 100 habitantes, cifras menores que las presentadas en el cantón de Mora. Las razones de esta diferencia se explican por la gran población que llegaba a Puriscal en esos años, atraída por las 4.794 ha. de bosques disponibles, las cuales bien podrían utilizarse para roza, tumba y quema; o atraídas también, por las 3.483 ha de charrales o barbechos, tierra en descanso para tapar frijoles o hacer policultivos. Compárese esas extensiones frente a las 1.231 ha de bosque y 678 ha de barbecho que ofrecía Mora, en su conjunto, en 1955. Ahora bien, aunque la ganadería en Puriscal era extensiva –86 reses por cada 100 ha de potrero, por tanto, se mantenía entre los promedios de la ganadería de la provincia de Guanacaste y los del cantón Turrubares– también había remanentes importantes de barbecho y bosque en este cantón que fueron factores de atracción para la población vecina, entre ellos indígenas y mestizos del cantón del Mora. Nótese en el gráfico 6 el crecimiento demográfico del cantón de Puriscal, provocado por estas condiciones y por la apertura de la carretera que conduce de Ciudad Colón a Santiago en 1941. Esta carretera hizo que Turrúcares de Alajuela, hasta ese momento punto de acopio de productos de consumo interno para ser embarcados en el tren al Pacífico hacia San José, cediera en importancia debido al creciente tránsito por la nueva ruta de camiones e intermediarios.

## CONCLUSIONES

En treinta años la superficie de pastos en el cantón de Mora aumentó pasando de cubrir 20% del área censada en 1925 a 53% en 1955. El café, por su parte, se mantiene durante todo el período de estudio prácticamente en 5%. Por lo tanto, los cambios agroecológicos más importantes en este cantón, considerado en este estudio como lugar expulsor de población huetar, no estuvieron asociados directamente a una expansión de la superficie cafetalera como lo fue en la mayor parte del Valle Central, sino, más bien, al incremento de la superficie de pastos destinada al ganado. Tanto el incremento de la proporción del territorio de Mora destinado a pastos como la disminución del barbecho, seguramente, requirió de un ajuste en las prácticas agrícolas, el cual consistió en la intensificación de los cultivos de subsistencia en las zonas disponibles. Lo anterior conllevó graves consecuencias, pues se impidió la sucesión natural necesaria para restablecer la biomasa en el área de la futura siembra y, por lo tanto, se comprometió la restitución de las propiedades físicas, químicas y biológicas del suelo, indispensables para soportar una nueva demanda de nutrientes. Este proceso coevolutivo e insustentable explica las reiteradas alusiones que hay en los testimonios de los entrevistados sobre las tierras cansadas y justifica por qué otras resultaban más atractivas como lo fueron aquellas próximas a Zapatón y Mastatal al sur de Puriscal.

El desarrollo de esta investigación, por tanto, permite sostener que la emigración de la población huetar desde el cantón de Mora no fue voluntaria sino, más bien, forzada. En ese sentido fue una combinación de factores la que presionó tanto a indígenas como a mestizos empobrecidos a desplazarse hacia tierras de colonización agrícola próximas como el sur del cantón de Puriscal así también hacia otros cantones del Pacífico Central, buscando nuevas tierras donde procurarse una reproducción material con mayores márgenes de autonomía.<sup>91</sup> Dichos flujos migratorios, en muchos casos, no representaron el asentamiento definitivo en aquellas tierras de colonización, pues algunos entrevistados sostuvieron que familiares suyos se fueron a zonas cercanas a Mastatal y Zapatón, por ejemplo, al sur de Puriscal, y regresaron. Su retorno a Mora se debió básicamente a: 1) las dificultades que presentaban las zonas de colonización al no contar con caminos adecuados que permitieran sacar lo cosechado; 2) no ser una opción trabajar como peones lejos del hogar, prácticamente en iguales o peores condiciones de las que tenían en Mora al ser dependientes nuevamente del finquero; 3) el inicio del desgaste de los suelos, cuyo proceso ya había sido conocido en Mora; 4) tener la posibilidad de regresar al no haber vendido su propiedad en Mora o al tener aún ahí familiares –hubo migración de familias completas como de personas, principalmente hombres, que fueron a probar suerte–. De este modo, queda claro que aquellos individuos y grupos familiares que partieron y no volvieron se debió, básicamente, a que ya no tenían a dónde volver, y la opción de vivir “arrimados” era la menos atrayente. Como conclusión final, el cantón de Mora, con su población indígena y mestiza, productora principalmente de alimentos, al proveer con maíz y frijoles a las poblaciones urbanas, auxilió con sus suelos en degradación la pujante vocación agroexportadora de Costa Rica, allí el café fue un cultivo marginal. La gran ironía es que, todavía migrando hacia nuevas zonas de colonización agrícola, con tierra descansada para tapar frijoles y levantar sus cultivos, ni los indígenas ni los mestizos empobrecidos lograron salir del lesivo mundo social capitalista del cual ya no eran del todo ajenos pues, con ellos, los límites de la economía-mundo terminó expandiéndose todavía más. De esta manera, ellos llevaron consigo, a los territorios recién incorporados tanto en el sur de Puriscal como en el Pacífico Central, nuevos sentidos e instrumentos de control sobre la naturaleza.

## NOTAS

- 1 Peter Singer, *Economía política de la urbanización* (México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1975), 31.

- 2 Carl O. Sauer, "Hacia una geografía histórica. Discurso a la Asociación Norteamericana de Geógrafos. Baton Rouge, Louisiana. Diciembre de 1940", 20 (Traducción de Guillermo Castro H). URL: [www.colorado.edu/geography/giw/sauer-co/GeografiaHistorica.doc](http://www.colorado.edu/geography/giw/sauer-co/GeografiaHistorica.doc).
- 3 Miguel Ángel Quesada, *Los huetares: Historia, lengua, etnografía y tradición oral* (Cartago, Costa Rica: ETCR, 1996), y Miguel Ángel Quesada, *Tradiciones huetares* (Heredia, Costa Rica: EUNA, 1998).
- 4 Agradezco al antropólogo Gerardo Alfaro haberme facilitado los contactos iniciales durante esas visitas.
- 5 Orlando Amaris, *La economía-mundo y la migración indígena huetares en el Cantón de Mora, Costa Rica (1900-1955)* (Tesis de Maestría Académica en Geografía, Universidad de Costa Rica, 2015). Agradezco al Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad de Costa Rica por la beca que obtuvo esta investigación en el año 2012.
- 6 Quesada, *Los huetares: Historia...*, 29-30.
- 7 INEC, X Censo nacional de población. Características sociales. URL: <http://www.inec.go.cr/Web/Home/GeneradorPagina.aspx>.
- 8 El Territorio Indígena de Quitirrisí fue establecido en 1976 mediante el Decreto No. 6.036-G, publicado en *La Gaceta* 113 del 12 de junio de 1976; otros decretos posteriores relacionados son el Decreto No. 10.707-G, publicado en *La Gaceta* 210 del 8 de noviembre de 1979; Decreto No. 29452-G, publicado en *La Gaceta* 93 del 16 de mayo del 2001.
- 9 El Territorio Indígena de Zapatón fue establecido en 1981 mediante decreto No. 12.812-G, publicado en *La Gaceta* 151 del 10 de agosto de 1981; otro decreto relacionado es el No. 29453-G, publicado en *La Gaceta* 93 del 16 de mayo del 2001.
- 10 Carlos Borge, *Consulta en los territorios indígenas del Pacífico de Costa Rica. Regularización de los derechos relacionados con la propiedad inmueble en áreas bajo regímenes especiales* (San José, Costa Rica: Unidad Ejecutora de Regularización del Catastro y Registro), 14.
- 11 INEC, X Censo nacional de población. Características sociales. URL: <http://www.inec.go.cr/Web/Home/GeneradorPagina.aspx>.
- 12 Miguel Ángel Quesada, "Situación actual y futuro de las lenguas indígenas de Costa Rica", *Estudios de Lingüística Chibcha* (Costa Rica) 18-19 (1999-2000): 8. URL: <http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/chibcha/article/view/1763>.
- 13 *Ibid*, 8-9.
- 14 Ramiro Barrantes, "Origen y relaciones entre los indígenas chibcha de Costa Rica: Una perspectiva genética evolutiva", en: *Memoria del primer congreso científico sobre pueblos indígenas de Costa Rica y sus fronteras*, (eds.) María Eugenia Bozzoli, Dinorah Obando y Mirna Rojas (San José, Costa Rica: EUNED, 1998), 4.
- 15 Adolfo Constenla, "Contribución de la lingüística diacrónica de las lenguas de la Baja Centroamérica al conocimiento de la prehistoria de sus pobladores", en: *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina Las Palmas de Gran Canaria*, (Coords.) José Antonio Samper y Magnolia Troya (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria: Servicio de Publicaciones, 1999), 7.
- 16 Quesada, *Los huetares: historia...*, 25-30.
- 17 Carlos Meléndez, *Costa Rica vista por Fernández de Oviedo* (San José, Costa Rica: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1978), 22.
- 18 Meléndez, 13.
- 19 Quesada, *Los huetares: historia...*, 26.
- 20 Eugenia Ibarra y Silvia Salgado, "Áreas culturales o regiones históricas en la explicación de relaciones sociales de pueblos indígenas de Nicaragua y Costa Rica de los siglos XV y XVI", *Anuario de Estudios Centroamericanos* (Costa Rica) 35-36 (2009-2010): 53. DOI: <http://dx.doi.org/10.15517/aeca.v35i1-2.133>.
- 21 William Denevan, *The Native Population Of The Americas In 1492* (Madison, EE. UU.: University of Wisconsin Press), 96.
- 22 Oscar Fonseca, *Historia Antigua de Costa Rica. Surgimiento y caracterización de la primera civilización* (San José, Costa Rica: EUCR, 2002), 165.
- 23 Eugenia Ibarra, *Las sociedades cacicales de Costa Rica. Siglo XVI* (San José, Costa Rica: EUCR, 1996), 33-37. Mapa extraído de la página 34.
- 24 Stephen Gliessman, *Agroecología: Procesos ecológicos en agricultura sostenible* (Turrialba, Costa Rica: CATIE, 2002), 17
- 25 *Ibid*, 345.
- 26 *Ibid*, 67.
- 27 Compuestos producidos por una planta que cuando se liberan en el ambiente tienen un efecto estimulante o inhibidor en otros organismos.
- 28 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 16 de agosto de 2012.
- 29 Don Antonio, Tabarcia. Comunicación personal, 1 de octubre de 2012.
- 30 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 2 de octubre de 2012.
- 31 Don Efraín, Tabarcia. Comunicación personal, 6 de octubre de 2012.
- 32 Doña Manuela, Tabarcia. Comunicación personal, 25 de septiembre de 2012.

- 33 Rodolfo Araya y Walter González, “La historia y futuro del frijol (*Phaseolus vulgaris*) tapado en Costa Rica”, en: Tapado. *Los sistemas de siembra con cobertura*, (eds.) David Thurston, Margaret Smith, George Abawi y Steve Kearn (Turrialba, Costa Rica: CATIE, 1994), 14.
- 34 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 2 de octubre de 2012.
- 35 Doña Manuela, Tabarcia. Comunicación personal, 25 de septiembre de 2012.
- 36 Raúl Moreno y Jaime Sánchez, “Efectos del uso de mantillos en la práctica del intercultivo”, en: *Tapado. Los sistemas de siembra con cobertura*, (eds.) David Thurston, Margaret Smith, George Abawi y Steve Kearn (Turrialba, Costa Rica: CATIE, 1994), 203.
- 37 *Ibid.*
- 38 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 18 de enero de 2014.
- 39 Don Antonio, Tabarcia. Comunicación personal, 1 de octubre de 2012.
- 40 Don Antonio, Tabarcia. Comunicación personal, 1 de octubre de 2012.
- 41 Otros entrevistados como doña Amelia en Tabarcia sostienen que la siembra del frijol con macana como el maíz se hacía cuando este último había germinado y se encontraba pequeño.
- 42 Doña Amelia, don Antonio y doña Manuela, en Tabarcia, indican que el frijol no se tapa en el mismo lugar de la milpa sino en otro pues no hay allí suficiente rastrojo para cubrir los granos.
- 43 Araya y González, 12-13.
- 44 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 16 de agosto de 2012.
- 45 Don Efraín, Tabarcia. Comunicación personal, 6 de octubre de 2012.
- 46 Doña Manuela, Tabarcia. Comunicación personal, 25 de septiembre de 2012.
- 47 No se incluyen acá a los bueyes, debido al propósito diferenciado que estos tenían dentro de las faenas rurales.
- 48 Ley 13 del 15 de septiembre de 1841; Decreto 65 del 30 de mayo de 1842; Ley 81 del 17 de junio de 1846; Ley 35 (Art. 79, 205-213) del 20 de julio de 1849; Ley 103 del 31 de mayo de 1853.
- 49 Iride Vicarioli, *Arreglo cronológico de legislación ganadera* (San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1953), 20.
- 50 Gerhard Sandner, *Turrubares. Estudio de geografía regional. Problemas sociales y económicos de la expansión agrícola en Costa Rica* (San José, Costa Rica: Instituto Geográfico de Costa Rica, 1960).
- 51 Jorge Bartels y Ricardo Martínez, “El desarrollo de la agricultura en la Región Pacífica Central de Costa Rica (1909-1955)”, *Diálogos. Revista Electrónica de Historia (Costa Rica) Número especial* (2008): 228-229. Disponible en URL: <<http://nubr.co/DgDpMd>>.
- 52 Lowell Gundmundson, “Apuntes para una historia de la ganadería de la historia en Costa Rica”, *Revista de Ciencias Sociales* (Costa Rica) 17-18 (1979): 77.
- 53 La provincia de Guanacaste reunía 266.545 reses en 1955 y una relación de 273 reses por cada cien habitantes.
- 54 FAO, Composición de la leche. Disponible en URL:<http://nubr.co/UI5fbc>.
- 55 Ciudad Colón. Comunicación personal, 14 de noviembre de 2014.
- 56 Marvin Harris, *Bueno para comer* (Madrid, España: Alianza Editorial, 2009), 170-171.
- 57 Tabarcia. Comunicación personal, 21 de noviembre de 2014.
- 58 Villa Colón. Comunicación personal, 22 de noviembre de 2014.
- 59 Mientras que el cantón de Mora, según el censo agropecuario de 1955, se contaba con 64 ha de pastos y 76 reses por cada 100 habitantes, la provincia de Guanacaste registró en ese mismo año 268 ha de pasto y 237 reses por cada 100 habitantes, y el cantón de Turrubares 165 ha de potreros y 139 cabezas de ganado por cada 100 habitantes.
- 60 William Solórzano, “Uso de los censos agrícolas para el estudio socioeconómico de las regiones de Costa Rica. Un aporte teórico metodológico”, en: *Teoría y métodos de estudios regionales y locales*, (eds.) Susan Chen Mok, Juan José Marín, Ana Paulina Malavassi y Ronny Viales (San José, Costa Rica: EUCR, 2008), 275.
- 61 Harris, 21.
- 62 Vaclav Smil, “Eating Meat: Evolution, Patterns and Consequences”, *Population and Development Review* (EE. UU.) 28, n. 4 (2009): 614. Disponible en URL:[http://home.cc.umanitoba.ca/~vsmil/pdf\\_pubs/PDR2003.pdf](http://home.cc.umanitoba.ca/~vsmil/pdf_pubs/PDR2003.pdf).
- 63 Harris, 61.
- 64 Doña Manuela, Tabarcia. Comunicación personal, 25 de septiembre de 2012.
- 65 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 16 de agosto de 2012.
- 66 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 2 de octubre de 2012.
- 67 Don Efraín, Tabarcia. Comunicación personal, 6 de octubre de 2012.
- 68 Doña Carmelina, Tabarcia. Comunicación personal, 6 de octubre de 2012.
- 69 Doña Amelia, Tabarcia. Comunicación personal, 2 de octubre de 2012.
- 70 Base de datos *Excel* de Historia Regional Comparada del CIHAC, UCR. En este sentido agradezco muy especialmente al Dr. Juan José Marín quien me facilitó dicha base y me motivó a perseverar en la redacción de mi tesis de posgrado.
- 71 Ana María Botey, *Costa Rica entre guerras (1914-1940)* (San José, Costa Rica: EUCR, 2005), 45-46.
- 72 Mario Samper, *Producción cafetalera y poder político en Centroamérica* (San José, Costa Rica: EDUCA, 1998), 68-70.

- 73 Hall, 34.  
74 *Ibid.*  
75 *Ibid.*, 91-92.  
76 *Ibid.*, 72, 88, 96.  
77 Wilson Picado, Roberto Ledezma y Roberto Granados, "Territorio de coyotes: Agroecosistemas y cambio tecnológico en una región cafetalera de Costa Rica", *Revista de Historia (Costa Rica)* 59-60 (enero-diciembre 2009), 133. URL: <http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/historia/article/view/347>.  
78 Samper, *Producción cafetalera...*, 105-106.  
79 Hall, 91.  
80 Mario Samper, *El trabajo en la sociedad rural* (San José, Costa Rica: EUNED, 1991), 25.  
81 *Ibid.*, 25.  
82 Hall, 95.  
83 Mario Samper, "Uso de la tierra y unidades productivas al finalizar el siglo XIX. Noroeste del Valle Central de Costa Rica", *Revista de Historia (Costa Rica)* 14 (1986): 135. URL: <http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/historia/article/view/320>.  
84 Hall, 81.  
85 Samper, *El trabajo...*, 23.  
86 Ciro Cardoso y Héctor Pérez, *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)* (San José, Costa Rica: EUCR, 1977), 270.  
87 Samper, *Producción cafetalera...*, 76.  
88 Hall, 87.  
89 *Ibid.*, 81.  
90 Doña Manuela, Tabarcia. Comunicación personal, 25 de septiembre de 2012.  
91 No se incluyen en este artículo la pérdida de tierras de indígenas mediante el engaño y el endeudamiento ejercido por mestizos comerciantes en Tabarcia y sus alrededores. Sobre este tema en particular hay más información en Amaris, 131, 209.